

---

**Gianpasquale Preite** es titular en la Università del Salento, donde enseña Filosofía política y Política de la emergencia. Desarrolla su actividad de investigación en el Departamento de Historia, Sociedad y Estudios Humanos. Es miembro de la Sociedad Italiana de Filosofía Política, coordinador científico del Grupo de Investigación en Biopolítica de la Salud (Universidad de Salento-ASL Lecce) y Director del Laboratorio de Investigación LEG - Política, Derechos y Tecnologías para el gobierno de organizaciones complejas. Entre las últimas publicaciones: “Biopolitics, Risk and Organization in Health Care” (*Journal of interdisciplinary Research Applied to Medicine*, 2017), “Complessità, modernità e rischio” (in M. Longo, *Parole senza peso*, Pensa, Lecce, 2018); *Lo stato come organizzazione sociale* (Mimesis, Milano, 2018); “Paradoxes of Democracy and Depoliticisation in the Social Peripheries of Modernity” (*Journal of Sociopolitical Studies*, 2017).  
Contacto: gianpasquale.preite@unisalento.it

---

# COLONIALISMO Y COLONIALIDAD: UN ANÁLISIS TEÓRICO DEL EVOLUCIONISMO BIOLÓGICO AL EVOLUCIONISMO SOCIAL<sup>1</sup>

Gianpasquale Preite

*Università del Salento*

## COLONIALISM AND COLONIALITY: A THEORETICAL ANALYSIS OF BIOLOGICAL EVOLUTIONISM TO SOCIAL EVOLUTIONISM

### Resumen

El artículo trata de la conexión entre el evolucionismo, el colonialismo y las ciencias sociales. La idea principal es que el evolucionismo, concebido como una nueva perspectiva para entender la realidad, hace de la naturaleza un proceso de ajuste constante

---

1. Fecha de recepción: 6 de febrero 2020; fecha de aceptación: 10 de marzo 2020. El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado con el Dipartimento di Storia, Società e Studi Umani, Università del Salento.

al medio ambiente, produciendo así una mejora continua. Las ciencias sociales del siglo XIX utilizan el modelo natural de la evolución como una referencia cultural para legitimar la dominación occidental sobre otras culturas, partiendo de la idea de que los países occidentales han alcanzado una etapa más alta en el proceso de evolución. Se propone que, mientras que la dominación necesitaba referirse a la naturaleza como instrumento legitimador, la globalización ha hecho que la referencia externa a la evolución biológica sea cada vez menos pertinente, ya que los mecanismos económicos de explotación se conciben ahora como una segunda naturaleza, lo que justifica *per se* nuevas formas de colonización.

### **Palabras clave**

Colonialismo, colonialidad, evolucionismo.

### **Abstract**

The article deals with the connection among evolutionism, colonialism and the emergence of the social sciences. The main idea is that evolutionism, intended as a perspective on reality, makes nature a process of constant adjustment to the environment, thus producing a continuing improvement. Nineteenth century social sciences uses the natural model of evolution as a way to legitimize Western domination over other cultures, starting from the idea that Western countries had reached a higher stage in the evolution process. The paper proposes that, whereas domination needed to refer to nature as a legitimizing instrument, globalization has made the external reference to biological evolution ever less relevant, as economic mechanism of exploitation are now intended as a sort of second nature, justifying *per se* new forms of colonialism.

### **Keywords**

Colonialism, colonialidad, evolutionism.

## Introducción

La contaminación entre las ciencias naturales y las ciencias sociales siempre ha generado modelos teóricos y áreas de aplicación para la observación, medición y clasificación de especies vivas: *in primis* la humana.

Este acercamiento puede ser reconducido a las perspectivas de investigación desarrolladas por la Escuela inglesa del siglo XVII, bajo el impulso teórico de Bacon. A partir de este período, se consolidan los métodos de representaciones empíricas en la relación entre análisis cuantitativos de los diversos aspectos de la vida biológica y descripciones cualitativas de la dinámica social. Entre los ejemplos más significativos, encontramos el enfoque analítico de Petty (1690) y sus observaciones sobre la política económica a través de la combinación de *bíos* y *mètron* como base para la afirmación de un nuevo ámbito del conocimiento: la *Aritmética política*.

Así es como el análisis de los fenómenos sociales adviene en la política económica y en la cultura científica inglesa: como arte de utilizar números y datos para decidir sobre cuestiones relativas al gobierno de las vidas, del territorio y de las poblaciones (Preite, 2016, p. 40). Petty no se limita a describir la realidad social en términos cuantitativos, sino que razona sobre datos empíricos obtenidos a través de complejas cadenas deductivas de tipo aritmético-cuantitativo, y rechaza tanto el razonamiento deductivo del racionalismo aristotélico como el empirismo puramente estadístico (Roncaglia, 2016, pp. 63-64).

En el plano filosófico, Derham proporciona una explicación teológica inicial de las regularidades cuantitativas de los fenómenos demográficos. A partir de observaciones sobre los fenómenos de la población, presume un modelo heurístico que, por un lado, tiende a considerar los hechos humanos como evidencia de sabiduría divina y, por otro, ve a la población como un medio de expansión económica, política y cultural de las naciones. Una visión que pronto plantea el problema de la relación entre los habitantes y la subsistencia y que crea los presupuestos para la afirmación de la teoría sobre la población de Malthus.

El problema biológico de los hechos sociales refleja el intento de establecer una nueva síntesis científica que permita comprender las nuevas bases biológicas del comportamiento social y los mecanismos evolutivos que determinan su desarrollo (Mainardi, 1992). En este modo, algunas características distópicas de la cultura occidental como la competencia, la conquista, la agresión, e incluso la guerra, encuentran una explicación en la naturaleza evolutiva biológica.

Esta premisa es fundamental para entender los desarrollos posteriores de la “Ciencia del Hombre” que, a partir de esta tradición, investiga y explica las comunidades sociales como resultado del progreso civil en términos evolucionistas. De hecho, las corrientes evolucionistas se desarrollan e incorporan sincréticamente a las fórmulas ideológica-políticas del capitalismo, el liberalismo y el colonialismo británico del siglo XIX, y legitima la competencia social, el racismo y la superioridad de los colonizadores sobre los colonizados. El imperio no puede ni debe reconocer ninguna autoridad moral fuera de sí mismo.

Sobre la base de estas suposiciones, este trabajo intenta visitar las corrientes de pensamiento y las teorías científicas —aquellas evolucionistas en particular— como forma de contagio ideológico que justifican la supremacía y el ejercicio del poder imperial hasta la modernidad avanzada (Longo, 2005). Significativo es el dato de que las teorías científicas más importantes de matriz evolutiva están condicionadas por la obra de Malthus, convirtiéndose, de hecho, en transposición naturalista. Si, por lo tanto, la naturaleza misma trabaja con las leyes del capitalismo y el colonialismo, esas leyes son inevitables para el contexto social en su conjunto.

## **El colonialismo avanzado: malthusianismo y evolucionismo**

El siglo XVIII termina con un fuerte interés en las dinámicas desarrolladas con el colonialismo inglés en relación con la disponibilidad de recursos y su acaparamiento. Este es el periodo en que se empieza indagando en la realidad natural y el crecimiento exponencial de la población choca con la escasez de recursos, lo que ocasiona una lucha inevitable por la supervivencia (según el pensamiento occidental). La selección natural es el mecanismo que resuelve el conflicto y asegura el equilibrio entre las especies vivas y los recursos disponibles, y permite la supervivencia de las especies más adecuadas al medio ambiente. La acumulación de las variaciones beneficiosas por cada especie, y la consecuente herencia de caracteres, produce transformaciones significativas en términos de ventaja. Los seres humanos son, entonces, el resultado de la evolución biológica y no son criaturas privilegiadas y ontológicamente diferentes a otras especies. La moralidad —presente en los seres humanos— también representa un artificio elaborado en términos evolutivos por la sociabilidad que los individuos desarrollan y refinan con el tiempo como útil para la misma lucha por la supervivencia.

Esta idea toma fuerza de las teorizaciones de Malthus (1798), que, con la publicación de *An Essay of the Principle of the Population as it affects the Future Improvement of Society*, explica cómo la población, si no es controlada, tiende a aumentar en progresión geométrica, mientras que los medios de subsistencia tienden a aumentar en progresión aritmética con el resultado de que en el futuro habrá menos recursos disponibles y suficientes para alimentar a todos.

Las intenciones de Malthus no son distópicas: observa con cinismo benévolo la pobreza de las masas urbanizadas inglesas de la primera revolución industrial, frágiles, enfermas y explotadas, una situación que, sin embargo, se enfrenta a “frenos represivos” —generalmente inesperados o impredecibles— como las guerras, las epidemias, la carestía, las hambrunas; o la elección de “frenos preventivos”, que pueden ser planificados y coordinados por la política y las autoridades decisionales, como las restricciones morales y sociales de diversos tipos.

Sobre este último aspecto, Malthus (1798) propone algunas soluciones encaminadas a reducir el crecimiento de la población a partir de la restricción voluntaria de los nacimientos, mediante la abstención del matrimonio —una exhortación dirigida principalmente a los pobres y los indigentes—. Así, en sintonía con la concepción doctrinal de la Escuela inglesa y, por lo tanto, con los preceptos de la aritmética política de finales del siglo XVII, fomenta la adopción de todas las “medidas” necesarias para disuadir la tasa de natalidad, recomienda —por inconsistentes— la abolición de las “leyes sobre los pobres” y de todas las formas institucionalizadas de solidaridad y caridad, como fuentes de incentivos adicionales para aumentar la población y, por lo tanto, perjudicial para el crecimiento, el desarrollo y el bienestar social como un todo. Por otro lado, la naturaleza habría resuelto el problema por sí misma.

Estas ideas se consolidan mayormente con relación a las cuestiones políticas y económicas del liberalismo, que Malthus apoya con vigor y determinación: cada individuo es y debe ser libre, privado de asistencia social u otras formas de ayuda y solidaridad, de modo que los más fuertes prevalezcan y sucumban los más débiles. En realidad, como explica más tarde Marx (1953), las calamidades y los eventos adversos catastróficos de la modernidad no pueden estar relacionados con el exceso de población, más bien están vinculadas a la cíclica y convulsa alternancia de la expansión y contracción del sistema capitalista. Sobre el plano político —y diría también en el plano gubernamental—, la aristocracia inglesa de principios del siglo XIX apoya firmemente la teoría malthusiana como una solución a los problemas que surgieron después de la revolución francesa, consistentes en el miedo a perder sus privilegios en beneficio de las clases trabajadoras.

Tal posición les proporciona una sólida justificación y legítima en consecuencia todas aquellas conductas opresivas y explotadoras practicadas contra las clases sociales más bajas y perpetradas contra las poblaciones débiles y vulnerables.

La teoría demográfica de Malthus inspira a muchos intelectuales y científicos de la época (Mancarella, 2010, pp. 119-122) y de la corriente del malthusianismo poco a poco toman forma los conceptos de progreso, evolución de la especie por selección natural y lucha por la supervivencia. Sobre la base de estas consideraciones, se puede afirmar que la “Ciencia del Hombre” del siglo XIX investiga y explica los sistemas sociales —organizados políticamente mediante instituciones— como resultado del progreso civil de la humanidad en términos evolucionistas, concepto este último que extrae sus orígenes de la filosofía naturalista de la antigua Grecia y que se extiende a la modernidad con la contribución de fuertes y heterogéneas corrientes evolutivas: evolucionismo superorgánico (Spencer, 1857), evolucionismo orgánico (Lamarck, 1809; Darwin, 1859) y evolucionismo sociocultural (Morgan, 1877).

La evolución superorgánica de Spencer representa la sistematización filosófica más completa del evolucionismo en términos de progreso, y explica el desarrollo social del hombre basándose en la analogía entre evolución de los organismos y evolución social. Esta analogía es puesta de manifiesto por la ley del progreso que, en tanto continua e imparable, determina el cambio de la sociedad humana en el pasaje de un estadio primitivo, caracterizado por una estructura simple y homogénea, a estadios cada vez más avanzados, caracterizados por una estructura siempre más heterogénea y compleja.

El evolucionismo biológico de Lamarck y Darwin, basa el sistema teórico en la noción de “transformismo” de las especies animales y vegetales y sobre la idea de que todos los organismos vivos están conectados entre sí a través del mecanismo de la “lucha por la existencia” o de la “selección natural”. El proceso evolutivo, por lo tanto, se explica en términos de adaptación al medio ambiente, incluso si depende de la especialización.

Finalmente, el evolucionismo sociocultural, o la *teoría unilineal* de Morgan, se caracteriza por ser un “evolucionismo determinista” según el cual todas las culturas evolucionan de acuerdo a procesos que dependen de los lazos de descendencia y parentesco, un modelo que influye claramente en la construcción ideológica del marxismo promovida por Engels (después de la muerte de Marx).

Evolución biológica, progreso y evolucionismo determinista se afirman, a lo largo del siglo XIX, como tres macro cuerpos teóricos que polarizan las múltiples declinaciones asumidas por la investigación sobre los sistemas sociales, e influencia, con diferentes gradaciones, la mentalidad del colonialismo avanzado.

## La política colonial del siglo XIX: lucha por la existencia y darwinismo social

Darwin se interroga sobre el desarrollo de la vida orgánica y en modo particular sobre la presencia de determinadas características en la clasificación de especies animales y vegetales: diversidad, variabilidad y adaptabilidad, y formula una teoría que considera que las especies evolucionan en la lucha por la existencia debido al entrelazado de dos mecanismos: *selección natural* y *variaciones individuales* (Darwin, 1859).

La teoría de Darwin contrasta con la teoría creacionista, basada en la idea del hombre creado como ser perfecto *ab initio*. En la evolución no existe alguna forma de progreso finalista y perfeccionista; la especie humana se somete simplemente a la aleatoriedad de los mecanismos de la evolución en sí (Preite, 2016, p. 47). Esta afirmación provoca la dura reacción de las corrientes ético-filosóficas aun sí, con la publicación de *On the Origin of Species* de 1859, Darwin encuentra el consentimiento de un círculo estrecho pero autorizado de intelectuales, incluyendo Marx, Engels y Nietzsche, interesados en explicar el proceso de desmitificación a través del cual el hombre y su subjetividad no representan el “centro de la tierra”.

El evolucionismo darwiniano también ejerce cierta influencia en las teorizaciones de Marx y Engels. Sin embargo, Marx, mucho antes de la publicación de *On the Origin of Species*, aborda la cuestión de la “ciencia humana natural” en los *Manuscritos Económico-Filosóficos* (1844) en los que la atención al plano antropológico, respecto del cual es observable la relación hombre-naturaleza, es claramente predarwinista.

Aun asumiendo que la historia natural es la base de la historia humana, los esfuerzos posteriores, realizados con Engels, se centran en la introducción de algunos elementos no relacionados con la evolución biológica: el trabajo, el capital y los modos de producción. Esta perspectiva explica el hombre y la historia basada en hechos sociales más que en leyes naturales, aunque hay puntos de contacto interesantes entre la teoría de la evolución de Darwin y la concepción materialista de la historia de Marx (sobre todo en su carácter determinista); por el contrario, es precisamente con respecto al principio de evolución que la afinidad del pensamiento se hace más evidente, tanto en relación con los cambios en la naturaleza (lucha por la existencia) como en relación con la sociedad (lucha de clases), donde conecta, como ha sido muchas veces anotado, con el pensamiento de Hegel.

El concepto de lucha es un elemento común en Darwin y Marx, pero con diferencias estructurales. En la teoría de Darwin, la lucha es la razón de la evolución natural

en toda su naturaleza biológica y social, mientras que en el pensamiento de Marx la lucha representa el impulso de la historia social humana y se separa del mundo natural, diferencia que se basa en la distinción filosófica clásica entre el hombre y el animal; el materialismo histórico comporta, de hecho, la adhesión a la idea de una naturaleza social mutable.

Son precisamente estas diferencias las que determinan la salida de Marx del enfoque darwiniano. Poco antes de la publicación de *El Capital* (1865), comienza a sospechar que la lógica del capitalismo —de la competencia y la competencia selectiva— pueda anidarse en la teoría de la evolución. Una intuición confirmada más tarde por el darwinismo social. Sin embargo, Marx no puede prever que otra teoría evolutiva está a punto de acechar dentro de su sistema teórico: *la evolución sociocultural* de Morgan (evolucionismo determinista), que se convierte, después de su muerte y con el favor de Engels, en un punto crucial para la construcción ideológica del marxismo (Mancarella, 2010, p. 27).

A distancia de pocos años, Darwin publica *El descenso del hombre* (1871), y hace emerger aún más claramente el asunto de que el hombre no goza de posiciones privilegiadas en la naturaleza, es sólo una “estructura” conectada con el resto de la vida orgánica animal, un producto del proceso natural desprovisto de propósito y dirección. La selección natural, por lo tanto, se aplica tanto a los cambios orgánicos en términos de ventaja biológica adaptativa como a los cambios superorgánicos en términos de ventaja adaptativa social: en ambas situaciones el término “civilización” adquiere relevancia conceptual. Para Darwin, la civilización, a la que asocia el concepto de ventaja, está vinculada a la variación hereditaria de los instintos naturales y los instintos aprendidos (sociales). Los instintos sociales tienen la prerrogativa de ser ventajosos, se fortalecen en el proceso de civilización (sujeto a la ley de selección natural) a través de comportamientos repetidos a lo largo del tiempo, tradiciones y hábitos hereditarios que, a su vez, mejoran el desarrollo del sentido moral y consolidan el nivel de civilización (pp. 57-58).

Spencer, firmemente convencido de la validez del concepto de evolución biológica, acoge favorablemente la teoría de Darwin, inicia un complicado proceso de injerto de principios evolutivos en todos los campos científicos y afirma la plena capacidad de respuesta entre la evolución biológica y la evolución social. Con *The Study of Sociology* (1873) afirma que el principio de “supervivencia del más apto” se identifica con el “progreso social”; un artificio útil para legitimar el *laissez faire* extremo y la libre competencia, o hasta la lucha competitiva, entre individuos, incluso, a través de la eliminación de

los más débiles y, por lo tanto, los menos adecuados como consecuencia de la vida social de los organismos que de alguna manera sobreviven en un mundo de recursos limitados (De Feo, 1990, p. 19). Esto purifica la raza y mejora la calidad de la población.

La influencia del pensamiento de Spencer es evidente en los desarrollos teóricos posteriores que ponen de relieve las características distópicas de la cultura occidental, como la agresividad, la competencia, la guerra y la conquista, y que encuentran una explicación en la naturaleza evolutiva biológica, donde los más fuertes se imponen a los más débiles (Giorgi, 2008, p. 19). En esta dirección también se mueven las corrientes tanatopolíticas subsiguientes interesadas en legitimar la selección de los más fuertes a través de un determinismo biológico que causa los efectos devastadores del colonialismo de finales del siglo XIX y los nefastos resultados del totalitarismo en la primera mitad del XX.

Con Spencer, independientemente de la voluntad y de las intenciones reales de Darwin, el concepto de “lucha por la existencia” se convierte en el principal impulso del darwinismo social. Esta corriente mistifica la teoría darwiniana al establecerse como una contaminación ideológica del capitalismo liberal. Una contaminación basada en la lógica spenceriana de la “supervivencia del más apto”, en la teoría malthusiana de la “lucha por la vida” e incluso en la guerra hobbesiana de “todos contra todos”. Así, el principio de selección natural aplicado a las relaciones nación-Estado se convirtió en el *leit motiv* de la geopolítica internacional en Europa, después de la segunda ola del colonialismo moderno. Naciones como Inglaterra, Alemania, Francia, y posteriormente Italia, están involucradas en un deseo incontenible de expansión territorial. Los grandes imperios ya existentes se refuerzan y compiten entre sí, ocupan territorios ilimitados sobre los cuales ejercen un amplio control político y administrativo, y explotan sus recursos naturales.

Esto no significa que en décadas anteriores no hubiera interés, por parte de las naciones europeas más fuertes, en subyugar a las colonias. Los intereses económicos y la explotación comercial ya son evidentes en el colonialismo pre-darwiniano: materias primas a bajo costo, explotación laboral, expansión del mercado, nuevos canales de comercio de bienes nacionales. Pero, mientras en los siglos anteriores la legitimación había sido ética o religiosa (Longo, 2001), con el advenimiento del darwinismo social y cultural este proceso de colonización se fortifica, porque está legitimado por una justificación científica. La interpretación de la obra de Darwin resulta irrefutable para dar una forma éticamente sostenible a lo que en realidad representa, simplemente, el ejercicio de una “política de poder” y facilita una posición ideológica que transfiere la

idea biológico-fenoménica de la evolución a otro ámbito, el de la política económica y la política colonial. Es una visión particular de la naturaleza del hombre y del mundo que extiende la teoría de la adaptación y la selección natural del campo empírico de las ciencias naturales a los procesos políticos y socioculturales (Preite, 2016, pp. 49-50).

## **Del evolucionismo biológico al evolucionismo sociocultural**

En este período se desarrollan estudios paralelos que dan lugar a los métodos de la naciente “ciencia de la cultura”, fundada sobre la suposición de que la realidad humana se caracteriza por dos aspectos bien distintos: el cuerpo y sus funciones biológicas, por un lado, y el espíritu y sus productos, por el otro. Según esta línea de pensamiento, la evolución cultural es el resultado de un proceso que está en el camino de la evolución orgánica ya concluida: *Ancient Law* (1861), de Maine, *Primitive Culture* (1871), de Tylor, y *Ancient Society* (1877), de Morgan, alimentan el debate evolucionista para la afirmación del conocimiento antropológico en el ámbito sociocultural.

En particular, Maine se ocupa de la antropología como ciencia orientada al estudio de los sistemas sociales en su totalidad, de la que deriva su tesis fundamental que identifica la organización política con la social (según la tradición aristotélica) y que pone de relieve la existencia de una analogía entre la distinción filosófica relacionada con el “estado de la naturaleza” y el “estado de derecho” y aquella antropológica entre “sociedades de parentesco” y “sociedades territoriales”.

Tylor (1974) elabora la primera y más importante definición sistemática del concepto de cultura: “Culture, or civilization, taken in its wide ethnographic sense, is that complex whole which includes knowledge, belief, art, morals, law, custom and any other capabilities and habits acquired by man as a member of society” (p. 1); y origina dos líneas de pensamiento diferentes, pero complementarias: una representada por la antropología cultural, que se desarrolla en los Estados Unidos con Boas, la otra, en cambio, representada por la antropología social, cuya difusión adviene en Francia con Mauss y en Inglaterra con Malinowski y Evans-Pritchard. En cualquier caso, tanto la perspectiva de la antropología cultural como la de la antropología social se ocupan de investigar y describir el hombre total, considerado, en un caso, en base a sus producciones, y en el otro, según sus representaciones (Lévi-Strauss, 1975, p. 393). Sea cual sea el punto de observación, no es modificada la perspectiva de estudio, que es siempre la antropocéntrica, es decir, la vuelta hacia el conocimiento del así llamado “hombre total”,

la misma que en Levi-Strauss será asumida como dimensión central de su “antropología estructural”.

La investigación de Morgan está dirigida, en cambio, a la evolución social de la humanidad a partir de los “primitivos”. Señala que las relaciones de parentesco no se basan en la “consanguinidad”, sino también (y principalmente) en la “clase” como estructura organizativa política de las comunidades sociales. Se trata de un “evolucionismo unilineal” y mecanicista que explica la historia de la humanidad como un proceso evolutivo constante, cuyo elemento básico consiste, precisamente, en la familia biológicamente determinada y socialmente organizada (Morgan, 1974, pp. 11-13). Además, la tesis de Morgan sostiene que la idea de propiedad surge con la necesidad de adquirir los medios de sustento y se desarrolla gradualmente a medida que avanzan las invenciones y los descubrimientos. Mejoras que marcan los diferentes períodos étnicos del progreso humano (p. 381):

No se puede observar sino maravillados el hecho de que, hace unos cinco mil años, una parte de la humanidad haya llegado a la civilización. Estrictamente hablando, sólo dos familias de la raza humana, la semítica y la aria, lograron este resultado sin ninguna ayuda externa bajo un proceso de desarrollo autónomo. La familia aria, en particular, representa la corriente central del progreso humano, porque produjo el tipo más alto de humanidad, y porque demostró su superioridad intrínseca, tomando gradualmente el control de la Tierra. (p. 404)

Esta ingenua declaración sitúa su pensamiento en una dimensión ideológica arriesgada que, primero con el colonialismo de finales del siglo XIX, y más tarde con los totalitarismos del siglo XX, habría producido resultados nefastos en Europa y en el mundo.

Para identificar y calificar otras culturas (etnias) se utilizan juicios de valor que encuentran su síntesis en los términos “salvaje” y “primitivo”, esto es, una dimensión cultural opuesta y por lo tanto inferior a la cultura civilizada dominante, la de una Europa que comunica la ideología de superioridad y dominación y que se identifica con el progreso.

Desde esta óptica, es fácil observar la relación que se entrecruza entre el etnocentrismo, que postula la centralidad de las categorías interpretativas de su historia cultural, o de la cultura del grupo étnico de pertenencia, con el eurocentrismo, que hace alarde de la superioridad cultural y racial del *homo europaeus* (Kilani, 1992a). En este contexto, el eurocentrismo se establece como una forma de observar, estudiar y tratar a otros

pueblos, teniendo como criterio Europa y su cultura (Connel, 2007).

## **Del *World-System Analysis* a la afirmación del capitalismo neo-liberal**

Se ha visto que el evolucionismo social considera la evolución histórica como un camino lineal y progresivo, igual para todos los Estados nacionales, aunque no temporalmente alineada. De acuerdo con esta línea interpretativa, las comunidades sociales atraviesan, alcanzan y luego superan varias etapas, cada una de las cuales corresponde a un estadio de progreso civil y social mejor que el precedente.

A partir de aquí, Occidente, “encontrándose” en un estadio posterior respecto de las otras realidades sociales, consolida la idea de la “misión civilizadora”, portadora del progreso, en el confronto con pueblos considerados atrasados y primitivos, obligándolos a abandonar sus creencias y costumbres para adoptar las occidentales, basadas en el conjunto ideológico de cristianismo, civilización y mercado. Este proceso imperialista se transforma después de la Segunda Guerra Mundial con la liberación de los países sumisos y el consiguiente nacimiento de nuevos Estados nación (Vignola, 2018).

A finales de la década de 1970, en continuidad con las teorías de la dependencia para el desarrollo y con el concepto de economía-mundo elaborado por Braudel (1982), Wallerstein desarrollará su *world system analysis* como una reflexión histórica sobre la economía capitalista global. Se trata de una propuesta centrada en el rechazo de la idea del “Tercer Mundo” y la creencia de la existencia de un mundo único gobernado por una compleja serie de relaciones económicas (economía mundial) en las que la dicotomía “trabajo-capital” y la acumulación de un capital cada vez mayor explican los conflictos existentes. Aunque partiendo de la ausencia de homogeneidad del sistema capitalista mundial, en términos de cultura, política, economía y derechos, esta propuesta ofrece una representación del proceso gradual de expansión del propio sistema como una única red o sistema de intercambio económico global, existente todavía hoy.

Un elemento importante del *world system analysis* es la composición del mundo en centro, semi-periferia y periferia. Lo que caracteriza esta descripción del mundo es una división fundamental e institucionalmente establecida entre el trabajo del centro y el de la periferia. El centro está representado por un núcleo que reúne sólidas estructuras gubernamentales en términos de capital, bienestar y desarrollo (especialmente tecnológico). La semiperiferia, por otro lado, se caracteriza por un modesto nivel de

desarrollo y crecimiento, pero todavía sujeta al poder ejercido por el centro, y es por lo tanto un elemento estructural necesario en una economía-mundo: desempeña una función amortiguadora entre el centro estrecho y las inmensas periferias y mitiga, en la medida de lo posible, las presiones políticas que parten de la periferia y se dirigen al centro. Por lo tanto, la periferia representa un área vasta “mantenida” en condiciones de dependencia y atraso (Wallerstein, 1974, I) funcional al centro para el suministro de productos agrícolas, materias primas y mano de obra barata. Con esta operación, de matriz teórica e ideológica, se cambia el eje de la lucha de clases teorizada por Marx del nivel nacional al nivel del sistema de la economía mundial (Lafay, 1996).

Las teorías de Wallerstein y de los estudiosos de la dependencia latinoamericanos, por varias razones, no se arraigan, a pesar de la influencia en la clase intelectual de la época. Una de las principales causas se encuentra en el crecimiento exponencial del archipiélago asiático, hasta entonces tradicionalmente considerado semi-periferia. Así, en los años ochenta del siglo pasado, este enfoque se invierte definitivamente tras la afirmación y posterior consolidación de la actual corriente neoliberal, aclamada fuente de producción del saber basada sobre una nueva idea de desarrollo vinculada exclusivamente a las formas del sistema capitalista. En neto contraste, por lo tanto, con las teorías de la dependencia, con el marxismo y con el eurocomunismo (Vignola, 2018, pp. 57-58). Todo esto descarta definitivamente las teorías de la intervención estatal y la tentativa de las estrategias keynesianas para tener bajo control el ciclo de actividad económica y recesión. En contraposición al *mainstream* dominante hasta aquel período, se difunden ideas radicales como las de Hayek, capaces de ofrecer la interpretación de implicaciones metodológicas destinadas a revelar los errores del estatismo invasivo, sobre todo el implementado a través de maniobras correctivas de mercado en nombre de una política de justicia e igualdad social que interviene sobre la posición económica y social de los individuos.

Se afirma, entonces, la doctrina del “libre mercado” que sostiene la capacidad del sistema para autorregularse a través de ajustes espontáneos de las variables económicas, volviendo a equilibrar al sistema cada vez que se genera un alejamiento del estado ideal; en otras palabras, un mundo perfecto de empleo, creatividad y crecimiento perpetuo (Hayek, 1944; Friedman, 1962). Este proyecto sigue un doble proceso: por un lado, la liberalización de los mercados a escala mundial para la libre circulación de bienes y capitales, y por otro, el ajuste progresivo de este sistema al interior de los Estados nacionales para alcanzar una libertad portadora del pleno desarrollo del mercado. El concepto de lucha por la existencia se convierte aquí en lucha por la libertad. Emerge, una vez más,

el germen del evolucionismo social y, por lo tanto, la firme praxis de la superioridad ejercitada durante todo el siglo precedente.

La eliminación de todos los obstáculos que limitan el libre mercado está entonces en la base de la formación de hegemonías financieras privadas de reglas, cuyos efectos nefastos sobre la economía real son históricamente conocidos. La paradoja es que el sistema crece, pero consolida la disparidad de ingresos y riqueza que resulta en desigualdades sociales a nivel global.

### **Colonialidad: la ley de la naturaleza (económico-financiera)... de los más fuertes**

Con la demolición del colonialismo como orden político, la evolución sociocultural determina una nueva forma de la distinción, aquella entre colonialismo y colonialidad. En el plano interpretativo se trata de una novedad que se puede analizar a través de la estructura conceptual de la Teoría de los Sistemas Sociales de Luhmann y, particularmente, a través de operaciones que explican el funcionamiento específico del centro y las periferias en la modernidad avanzada y, por tanto, en un entorno social altamente globalizado y de elevada complejidad social (Longo, 2005, pp. 103, 105).

El esquema teórico luhmaniano, con sus conceptos de complejidad, forma de la distinción y especificación funcional, se empeña en una tarea interpretativa no inmediata, aunque su coherencia interna permite superar esta dificultad. Asumir, de hecho, que la sociedad pueda ser observada y descrita a través de sus formas de distinción (sistema/ambiente, centro/periferia, inclusión/exclusión, dominio/dependencia, guerra/paz, oferta/demanda, etc.) nos permite establecer lo que significa la generalización de una forma para todas las demás (Luhmann, 1984). Si se acepta este punto de partida, el sistema puede ser estudiado como “autopoiético”, es decir, capaz de producir y reproducir los elementos que lo constituyen, pero también como autorreferencial, es decir, en grado de auto producir sus características constitutivas y su organización.

En la forma de la distinción dominio/dependencia, vemos, con el fin del colonialismo, la consolidación de una “práctica” global que modifica las representaciones clásicas de dominación expresadas en la modernidad, pero no la estructura de las relaciones centro/periferia presentes a escala global. En otras palabras, la dominación colonial pasa de la dominación administrativa-territorial a la dimensión de la colonialidad, un

estadio post-colonización que representa “el dominio del imaginario y la represión cultural” (Quijano, 1992, pp. 439-440). El concepto indica una nueva configuración de la relación dominio/ dependencia, menos violenta pero igualmente invasiva, que continúa perpetuándose aun después del fin histórico del colonialismo.

En resumen, el control de las instituciones sociopolíticas y económico-financieras, de los recursos de producción y del trabajo está, en realidad, en manos de un centro de poder (población dominante) en detrimento de las periferias (poblaciones subyugadas) (Quijano, 2000, p. 381) sin implicar necesariamente relaciones racistas o de *hard power*. Es por eso por lo que la noción de colonialidad, aunque todavía indeterminada, es hoy la única fórmula que puede explicar el nuevo enfoque estratégico del imperialismo capitalista en relación con los países dominados (Triki, 2011, p. 217).

Este es el modelo constitutivo del nuevo orden mundial, que presupone el control —a través de dispositivos gubernamentales potenciados por el capitalismo de matriz neoliberal— del sistema económico-financiero global, lo que representa con más fuerza nuevos condicionamientos, nuevas diferencias sociales y sobre todo nuevos procesos de inclusión/exclusión entre centro y periferia. Las relaciones sociales, las clasificaciones raciales y sexuales (especie, género, raza), las dinámicas económicas de producción y explotación, la centralización de Occidente como *locus* privilegiado de la producción y difusión del conocimiento, por lo tanto, no están extintas, sino que siguen reproduciéndose cada vez con más intensidad (Lander, 2000; Castro, 2007).

En este escenario, las restricciones sobre los flujos a nivel global de mercaderías y capitales son removidos bajo la presión del capital financiero que circula mundialmente, y esta hegemonía garantiza que todos los países del mundo persigan un conjunto común de políticas neoliberales. Es interesante, aunque distópico, observar que el evolucionismo social juega un papel fundamental en este proceso de cambio (colonialidad), y cómo “repropone”, aunque en diferentes planos, las mismas condiciones del pasado. Para este orden de ideas, el vínculo entre las concepciones de colonialismo y colonialidad sigue siendo fuerte.

Quijano identifica otros rasgos clave con respecto a las formas, a las funciones y a los modos del actuar social con respecto al fenómeno de la colonialidad.

Un primer rasgo distintivo, de la colonialidad, se refiere a la clasificación social (universal) en el mundo capitalista (Quijano, 2000, p. 374). Un camino iniciado mucho tiempo antes en Estados Unidos y que ha consolidado con el tiempo la división racial entre europeos (raza superior, dominante) y no europeos (razas heterogéneas, inferiores, dominadas), legitimada por los preceptos del evolucionismo social a través

de la prueba intangible de la marca fenotípica y el color de la piel como evidencia científica de una “diferencia” biológica.

Otro rasgo característico se refiere a la “colonialidad de las relaciones culturales e intersubjetivas” (Quijano, 2000, p. 379), una prerrogativa que ha llevado el modelo de dominación eurocéntrica a la desintegración de las formas culturales e intelectuales de conocimiento de las poblaciones dominadas, o al menos a la imposición de la “perspectiva eurocéntrica en las relaciones intersubjetivas de los dominados” (p. 379) como único, universal y permisible modo de producción y transmisión del conocimiento.

Por último, la “colonialidad de la articulación política y geopolítica” (Quijano, 2000, p. 375) completa una vez más el cuadro global de la clasificación territorial y de las poblaciones, basadas en diferencias étnicas y raciales, según el modelo eurocéntrico del capitalismo neoliberal en el que también hay una élite colonizada (Memmi, 1979) que se convierte, adoctrina y utiliza en los procesos de intermediación de la llamada expropiación y explotación de los recursos de países que aún no han salido de la periferia colonial y para participar en el desarrollo en beneficio exclusivo de los países que componen el centro (Quijano, 2000, p. 376).

Es evidente que en el concepto de colonialismo existe un mecanismo que es la base de los procesos de inclusión/exclusión con respecto a las relaciones de poder que hoy son predominantemente de matriz económico-financiera. En esta forma de la distinción, las periferias conservan una valencia negativa más o menos grave en base al contexto observado, pero que en cualquier caso revelan desigualdades que aseguran el funcionamiento del conjunto y que producen esa división internacional del trabajo no prevista por Marx, “un modelo [espacial] de desarrollo y subdesarrollo que puede dividir a la humanidad en dos campos —el *have* y el *have not*— separados por una fosa aún más profunda que la que opone burguesía y proletariado en los países capitalistas avanzados” (Sweezy, 1972, p. 149).

Si se toma esta perspectiva se puede ver cómo en la sociedad moderna se produce, al mismo tiempo, una mayor igualdad y una mayor desigualdad; más legalidad y más ilegalidad; más riqueza y más pobreza; más conocimiento y más ignorancia; más democracia y menos participación; más seguridad y más riesgos (Castañeda Cuéllar, 1998) y si frente a esto la política no proporciona estabilidad de las expectativas, sino que contribuye, más que nada, a desviarlas en otras direcciones, está el problema concreto de cómo se puede absorber la incertidumbre que se deriva y de cuáles son las verdaderas razones de la crisis sociopolítica que afecta a gran parte de la población mundial. La suposición es que si funciona la selección de las decisiones públicas fun-

cionar, sin duda, la selección “natural” del dinero y de las finanzas.

Las teorías evolucionistas en general y el darwinismo social en particular han ofrecido una justificación ideológica-superestructural al orden social del capitalismo y del imperialismo desde finales del siglo XIX, en una sociedad liberal en la que todos los ciudadanos “teóricamente” son iguales, y han permitido justificar las grandes diferencias de clase con motivos científicos: la inferioridad natural de las clases o de los pueblos “subalternos”. Pero, prescindiendo de las motivaciones evolucionistas y de las mismas intenciones de Darwin, esta práctica ha guiado y continúa guiando las políticas de los últimos dos siglos, e impone a las comunidades sociales un alto precio a pagar: para que los más aptos sigan evolucionando, los menos aptos son necesarios y, cuando faltan, hay que crearlos. Y su creación ya no está legitimada por referencias a la biología o la evolución. La economía se convierte en una segunda naturaleza y, por lo tanto, no necesita justificación.

## Referencias

- Castañeda, F., y Cuéllar, A. (1998). *Redes de inclusión. La construcción social de la autoridad*. Porrúa: PUNAM.
- Castro, S. (2007). Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero. En S. Castro y R. Grosfoguel (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Braudel, F. (1982). *I tempi del mondo*. Torino: Einaudi.
- Connel, R. (2007). *Southern Theories*. Cambridge: Polity Press.
- De Feo, M. (1990). *L'etologia di K. Lorenz e la sociobiologia di E. O. Wilson. Due paradigmi per un'etica naturale evolutiva*. Roma: Facoltà Teologica Marianum.
- Darwin, C. (1859). *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. London: John Murray.
- Darwin, C. (1871). *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. London: John Murray.
- Friedman, M. (1962). *Capitalism and Freedom*. Chicago: University of Chicago Press.
- Giorgi, P.P. (2008). *La violenza inevitabile: una menzogna moderna. Le origini culturali della violenza e della Guerra*. Milano: Jaca Book.
- Hayek, F.A. (1944). *The Road of Serfdom*. London-New York: Routledge.
- Hume, D. (1984). *Tratado de la Naturaleza Humana*, III. Buenos Aires: Orbis.

- Kilani, M. (1992a). *Introduction à l'anthropologie*. Lausanne: Payot.
- De Lamarck, J.B.D.M. (1809). *Philosophie Zoologique*. Paris: Dentu.
- Lander, E. (2000). ¿Conocimiento para qué?, ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la geopolítica de los saberes hegemónicos. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 6(2), 53-72.
- Lévi-Strauss, C. (1975). *Antropologia strutturale*. Milano: Il Saggiatore.
- Longo, M. (2001). *Strategie dell'esclusione e riconoscimento dell'altro. Saggio sull'alterità*. Lecce: Manni.
- Longo, M. (2005). *Lambivalenza della modernità. La sociologia tra disincanto e reincanto*. Lecce: Manni.
- Luhmann, N. (1984). *Soziale Systeme. Grundriß einer allgemeinen Theorie*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Mainardi D. (1992), Sociobiologia. In *Dizionario di etologia*. Torino: Einaudi.
- Malthus, T.R. (1798). *An essay of the principle of the population as it affects the future improvement of society*. London: St. Paul's Church-Yard.
- Mancarella, A. (2010). *Evoluzionismo, darwinismo e marxismo*. Trento: Tangram Edizioni Scientifiche.
- Marsili, L. (2019). *La tua patria è il mondo intero*. Roma-Bari: Laterza.
- Marx, K. (1932). *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*. In V. Adoratskij, (Herausgegeben von), K. Marx & F. Engels, *Historisch Kritische Gesamtausgabe* (MEGA). Berlin. [1844].
- Marx, K. (1953). *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie*. Berlin: Dietz Verlag.
- Marx, K. & Engels, F. (1973). *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*. Berlin: Dietz.
- Memmi, A. (1979). *Ritratto del colonizzato e del colonizzatore*. Napoli: Liguori.
- Morgan, L. H. (1877). *Ancient Society*. London: MacMillan.
- Petty, W. (1690). *Political Arithmetick*. London: Robert Clavel at the Peacock and Hen.
- Preite, G. (2016). *Politica e biometria. Nuove prospettive filosofiche delle scienze sociali*. Trento: Tangram Edizioni Scientifiche.
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad racionalidad. In H. Bonilla, (Ed.), *Los conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*. Quito: Tercer Mundo Editores.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal of World Systems Research*, 6(2), 342-386.
- Roncaglia, A. (2016), *Breve storia del pensiero economico*. Bari-Roma: Laterza.

Spencer, H. (1857). Progress: Its Law and Cause. *Westminster Review*, 67, 8-62.

Sweezy, P. M. (1972). *Modern Capitalism and other essays*. New York-London: Monthly Review Press.

Tylor, E.B. (1874). *Primitive culture*. New York: Henry Holt and Company.

Triki, F. (2011). Per una convivenza ragionevole. *Rivista Internazionale di Filosofia e Psicologia*, 2(2), 215-224.

Vignola, M. (2018). Dal colonialismo alla colonialità: una breve genealogia del concetto di sviluppo. In M. Longo (Ed.), *Parole senza peso*. Lecce: Pensa.

Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Vol. I. New York: Academic Press.